

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA DICHA DE SER CATOLICO
Sé amante de la Iglesia de Cristo
Diferencias entre el protestantismo
y el catolicismo

Jesucristo dijo: Yo, para esto he venido al
mundo; para dar testimonio de la verdad
(Jn.18,37)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA

ISBN:84-7770-335-3

D.L. GR- 845-97

Impreso en CGA

Impreso en España

Printed in Spain

PRESENTACION

Este libro va dividido en dos partes: La primera comprende dos capítulos: El 1º trata de la dicha de ser católico, en el que se expone cual es la religión verdadera y cuales son las diferencias fundamentales entre el catolicismo y el protestantismo. El 2º trata del amor que debemos a la Iglesia católica y porqué debemos amarla.

La segunda parte comprende otros dos capítulos: El 1º trata del cristiano católico, qué es y cómo debe vivir, y el 2º del endurecimiento en la maldad, que debe evitar.

¡Cuánto hombres incrédulos, cuantos descarriados buscan la verdad y luchan por alcanzarla! Mas la verdad la tenemos que buscar en su misma fuente, que es Cristo, por cuanto Él es “el camino y la vida”, y cuantos la posean serán dichosos.

En este libro decimos: ¡Vive como cristiano católico! y conviene saber que puede uno ser cristiano y no católico. Para tener idéas claras diremos que hay hoy muchos que se llaman “católicos”, pero no saben bien que es lo que se requiere para serlo y vienen a ser solamente católicos de nombre.

Otros se llaman “cristianos” y no saben distinguir entre “cristiano” y “católico”. Los protestantes, por ejemplo, son “cristianos”, pero no son católicos, y

por lo mismo conviene saber qué condiciones son necesarias para ser un católico práctico. Estas son tres: 1ª Estar bautizado, 2ª Creer en Jesucristo, o sea, aceptar su persona y su doctrina, y 3ª Obedecer al Papa. Así tenemos que un protestante es cristiano por estar bautizado y creer en Jesucristo, y por no obedecer al Papa y a sus enseñanzas, no es católico.

Mi deseo al escribir este libro es el que todos comprendan cuan grande es la dignidad y la dicha de vivir como católicos prácticos.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 octubre 1996

Primera parte:

Capítulo 1º:

LA DICHA DE SER CATOLICO

¿Cuál es la religión verdadera?

Juan Enrique NEWMANN, que fue pastor protestante, convertido al catolicismo (a.1845) y luego cardenal en 1874, escribió:

“Todas las formas de religión, las paganas como la mosaica, tienen un punto de contacto. Parece que tienen un origen común, por cuanto conservan vestigios de la verdad. Aquellas son ramas, aunque deterioradas y degeneradas, de la religión patriarcal, que se remonta al mismo Dios, y la religión judía procedía con toda certeza de Dios... La diferencia está en que las religiones paganas son verdad religiosa adulterada, mientras que el judaísmo es religión verdadera, pero muerta; y el cristianismo es la religión verdadera”, y esto es lo que deducirán todos los lectores del presente libro.

El verdadero cristianismo o catolicismo es fe viva en Jesucristo, es aceptar su persona y su doctrina tal como nos está revelada. Jesucristo fundó una Iglesia

y una Iglesia obligatoria. Esta Iglesia es el catolicismo, que tiene su origen divino.

Cuando mandó Jesucristo a sus apóstoles que fueran por el mundo entero anunciando su Evangelio, les dijo: *“El que creyere (el Evangelio) y se bautizare, se salvará, y el que no lo creyere se condenará”* (Mc. 16, 15,-16)

Hay una máxima que dice: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”, mas esta máxima se aplica a los que están fuera de la Iglesia por su culpa, no a los que están fuera de ella de buena fe.

Diferencias fundamentales entre el catolicismo y el protestantismo

Veamos primeramente en que se apoya el catolicismo, y luego en qué se apoya el protestantismo o las diversas iglesias o sectas existentes.

1º El Catolicismo se apoya sobre el principio de autoridad. Nosotros los católicos tenemos jefes que miramos como divinamente instituidos. Los fieles obedecen a sus pastores o sacerdotes, éstos obedecen a sus obispos y todos juntos obedecen al Papa, padre común de la familia cristiana, cabeza respetada de la sociedad católica.

Tenemos, pues, una suprema autoridad, y por cuanto la tenemos, tenemos la unidad de creencia y la unidad de culto. Sabios e ignorantes ancianos y niños, sacerdotes y seglares tenemos la misma fe e igualmente creída y venerada por todos. Profesamos

el mismo símbolo, recitamos el mismo decálogo, recibimos los mismos sacramentos. Nuestra religión es esencialmente una por estar fundada en el principio de autoridad. En el protestantismo y en las sectas existentes es muy diferente.

2ª El protestantismo se apoya sobre el principio del libre examen. El protestantismo va con la Biblia en la mano, cada cual debe crearse por sí mismo su fe en Cristo Redentor. Lo que dijo Lutero lo repiten sus discípulos. No hay en ellos ningún poder único y supremo al cual todos estén sometidos. El protestantismo en cada país se dividen en sectas múltiples, que se gobiernan según su capricho, o reciben una organización cualquiera por parte del Estado.

Los protestantes no tienen jefes o principio de autoridad y por lo mismo carecen de la unidad de creencia y de la unidad de culto. Cada uno cree lo que quiere y adora a Dios a su manera.

Los católicos respetamos y amamos la Biblia tanto como los protestantes, pero tenemos el principio de autoridad y jefes o Magisterio que guardan la Biblia y nos la explican cómo debe ser comprendida.

Los protestantes no tienen más que la Biblia con el principio del libre examen, que cada cual interpreta libremente, por lo que no puede ser el principio de su unidad, sino la causa de sus divisiones en innumerables sectas.

Diferencia fundamental de creencias

Veamos lo que cree el catolicismo y lo que no cree el protestantismo.

- Nosotros los católicos creemos en la *confesión auricular*. Jesucristo es el que dio el poder de perdonar pecados a sus apóstoles y sucesores con estas palabras: “A quienes perdonareis los pecados, les quedan perdonados, y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos” (Jn. 20-21s). Los protestantes la rechazan; la han sustituido por la confesión hecha a Dios, que a nada compromete, ni remedia nada.

- Nosotros los católicos creemos en la *presencia real de Jesucristo* en la Eucaristía, en el altar en donde se inmola, en el sagrario donde reside, en la sagrada mesa donde se da. ¿Está Jesucristo en la Hostia? Lutero dijo que sí, mas Calvino dijo que no e igualmente los protestantes de hoy. A la presencia real han sustituido un símbolo vacío, un pan común y profano, que no difiere en nada del pan ordinario, y pueden comerlos pecadores sin sacrilegio.

- Nosotros los católicos creemos en la *Unción de los Enfermos*, que acaba de purificar al enfermo y le procura una santa muerte. Los protestantes la han suprimido.

- Nosotros los católicos creemos en la virginidad, en el *celibato*, que hace del sacerdote, del religioso y de la religiosa seres entregados a Dios y exclusivamente consagrados a los intereses generales de los demás. Los protestantes han abolido el celibato. No

tienen religiosas. Tienen obispos casados y ministros padres de familia.

- Nosotros los católicos creemos en la unidad, en la indisolubilidad, en la santidad del *matrimonio*, y rechazamos enérgicamente el divorcio o el matrimonio civil. Todo el mundo sabe que Lutero negó el matrimonio como sacramento, y que las licencias conyugales de Enrique VIII y del ladgrave de Hesse fueron autorizadas por los fundadores de la reforma.

- Nosotros los católicos creemos en *el Purgatorio* y consolamos con oraciones y buenas obras a nuestros difuntos. A los ojos de los protestantes no hay término medio entre el cielo y el infierno, y la oración por los muertos es una superstición...

- Nosotros los católicos creemos en la *Virgen María*, y con el Evangelio, la proclamamos Virgen, y a su vez, *Madre de Dios y madre nuestra*. Creemos en el culto de los santos, intercesores y modelos nuestros. Los protestantes rechazan igualmente el culto de la Virgen y el culto de los santos.

- Nosotros los católicos creemos *en Jesucristo*, verdadero Dios y verdadero hombre, redentor de las almas. La divinidad de Jesucristo constituye el fondo de nuestra creencia. Toda nuestra fe, todas nuestras esperanzas, todas nuestras prácticas se refieren a este dogma esencial e intangible. Los protestante no se entienden todos sobre la divinidad de Jesucristo.

Una dama católica, viajando un día con dos ministros protestantes, que elogiaban la supuesta reforma de Lutero, contentóse con decirles, sonrien-

do: “Hay que confesar señores, que han hecho ustedes una reforma admirable. Han suprimido ustedes la cuaresma, la misa, la confesión, el purgatorio. Supriman el infierno y seré de los vuestros”. He ahí la verdad. El protestantismo es especialmente negativo.

La diferencia fundamental de origen

Esta diferencia consiste en que el catolicismo viene de Dios y el protestantismo del hombre.

1º El Catolicismo viene de Dios. Cuando uno oye el domingo la palabra de su párroco, puede hacerse el siguiente razonamiento: Lo que oigo es la palabra de Dios. Estoy cierto de ello, porque ese sacerdote ha sido enviado por su obispo; su obispo ha sido enviado por el Papa; el Papa ha sido enviado por Jesucristo, que es Dios. La doctrina que se me predica llega a mí por línea recta de los Apóstoles, de Jesucristo, de Dios mismo.

De Juan Pablo II, que ocupa el número doscientos sesenta y cuatro en la dinastía de los Papas hasta San Pedro, que fue el primer Papa, elegido por Jesucristo, la cadena no se ha roto y se conocen todos sus anillos.

Juan Pablo II es, pues, el sucesor de San Pedro, y por tanto el catolicismo, como doctrina y autoridad procede de Dios.

2º El protestantismo procede del hombre. Tiene por inventores a Lutero, monje apóstata, a Calvino,

otro apóstata, a Enrique VIII, rey de Inglaterra, célebre por sus costumbres perversas, todos ellos hombres, y hombres no recomendables. ¿Quién envió a estos? ¿Acaso los han enviado los Apóstoles o el mismo Jesucristo? No. Lutero dijo, “al principio estaba solo”, y Calvino dice: “Al empezar, habíamos roto en el mundo entero”. No tiene, pues, padres de los cuales recibieran la herencia apostólica. No datan más que de ellos mismos. Por eso un saboyano, del cual se habla en la vida de San Francisco de Sales, pudo decir victoriosamente a un ministro protestante: “Vuestro protestantismo dista mucho de ser apóstolico; es menos viejo que nuestros quesos”

Ninguna de las iglesias o sectas existentes pueden trazarnos su genealogía desde Cristo y sus apóstoles:

- La iglesia luterana fue fundada por Lutero en 1717.

- La iglesia anglicana, por Enrique VIII, en 1534.

- La secta de los Mormones, por José Smith en 1830.

- Los adventistas, por Guillermo Miller en 1831.... Luego dividida en 1844 y surgieron los Adventistas del séptimo día.

- Los testigos de Jehová, fue fundada por Carlos Taze Rusell en 1870, modificada por su discípulo Rutheford en 1918, etc... Y otras muchas sectas existentes, todas ellas han sido fundadas por hombres y sólo conservan de la religión cristiana algunas verdades esparcidas, deformadas y mutiladas.

En consecuencia: Preguntemos a los luteranos y

calvinistas: ¿De dónde venís? ¿De los Apóstoles? No. Sois hijos de Lutero y de Calvino. No nacisteis en el siglo I, sino en el siglo XVI, y lo mismo hemos de decir a los anglicanos. Estos tampoco vienen de los Apóstoles. Son hijos de Enrique VIII y de Isabel. No nacieron en el siglo I, sino en el XVI. No descienden. pues de los apóstoles. Sólo la Iglesia católica es la que nació en el siglo I. Su Fundador directo fue Jesucristo y desciende Él y de sus apóstoles. Ella es la Iglesia romana, la Iglesia una, santa, católica y apóstolica.

Una prueba más de que el protestantismo no procede de los apóstoles ni de Jesucristo, son *los templos*. Visitad los templos de Prusia, Suecia, Suiza y otros. Yo vi un día que estuve en Ginebra la hermosa catedral católica hoy en manos de los protestantes... y sus vidrieras, algunas inscripciones son las que atestiguan la antigüedad apostólica... Igualmente otras basílicas.

El protestantismo ¿es una religión mejor que el catolicismo?

Contra los que dicen que el protestantismo y el catolicismo viene a ser casi igual y contra los que se han atrevido a decir que el protestantismo es una religión mejor, nos vemos precisados a decir que esto es falso, basta saber quiénes son los fundadores del protestantismo y podremos concederles que su religión es más cómoda que la católica.

Los datos que nos proporciona la historia de los fundadores del protestantismo son estos:

1) *Lutero* fue orgulloso, rebelde e hipócrita. En ocho días se somete al Papa como Vicario de Jesucristo y luego le llama Anticristo y quema públicamente su bula. Fraile consagrado a Dios acabó por convertirse en apóstata y colgar su hábito religioso. Hizo que Catalina Bora abandonase el claustro, para convertirla en compañera suya. Fue corruptor de la santa moral cristiana.

2) *Calvino* fue menos violento y menos impuro que Lutero, pero más detestable que él. Intelectual vanidoso y pagado de si mismo, profana y tortura las Sagradas Escrituras para sacar de ellas sentidos ímpios. Teólogo intolerante, fríamente perverso, hace quemar vivo a uno de los suyos, Miguel Servet, porque no estaba de acuerdo con él sobre la Trinidad...

3) *Enrique VIII*. Su ferocidad fue notoria... Se rebeló contra el Papa, y rompió el lazo sagrado de la unidad porque la Iglesia condenó el divorcio adulterro. Repudió a su legítima mujer y se desposó con Ana Bolena. No se satisfizo con esto, sino que después de constituirse en jefe supremo de la religión, se casó sucesivamente con cinco mujeres. Para enviudar, según su capricho, hizo morir a tres de ellas en el cadalso. Fue un verdadero monstruo de desórdenes y crueldades, por confesión de los mismos historiadores ingleses.

He aquí los fundadores del protestantismo inglés, alemán y francés.

Hoy, gracias a Dios, hay numerosos pastores y protestantes virtuosos... pero ¡qué tristes padres tuvo su culto!...

Frente a los fundadores del protestantismo, podíamos poner los fundadores del catolicismo, los apóstoles, todos los cuales fueron héroes y santos.

Por lo que hace a la religión protestante, como ya he indicado, es más cómoda que la católica, y por eso se extendió súbitamente por Europa.

La religión católica es exigente. Impone creencias, preceptos, prácticas que fastidian la independencia del espíritu y los caprichos de la voluntad. Interviene sin cesar en nuestros pensamientos, en nuestros actos, en la vida privada, familiar y pública. La religión protestante es mucho más fácil, más indulgente y mucho menos embarazosa y menos severa, por cuanto da libertad a todas las pasiones... En el Evangelio Jesucristo nos inculca cuáles son nuestros deberes cristianos y nos invita a seguirle por el camino de la cruz: “*El que quiera venir en pos de mí, nieguese a si mismo, tome su cruz y sígame*” (Mt. 16, 24).

La dicha de ser católico

El verdadero católico se considera feliz porque se encuentra en la verdad, en Cristo que es la Verdad (Jn. 18,38) y como Él mismo dice: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (Jn. 14, 6). Él es el que nos da la verdad completa, el que nos dice cuáles son las

cuestiones supremas de nuestra vida: El sentido de la vida en general, el fin del hombre, la vida del más allá y nuestro destino eterno.

Cuando San Agustín conoció bien el Evangelio y el valor de la gracia, rompió con las pasiones y su vida de pecado y exclamó: “Nos hiciste, Señor, para Ti e inquiero está nuestro corazón mientras no descanse en Tí”.

La verdad es hermosa y cautivadora, pero, al propio tiempo es terrible para las pasiones, y si muchos tienen miedo a la verdad es por el miedo a profesarla. Hoy no faltan quienes la odian y la persiguen con la palabra, con la pluma, pluma embustera que llega hasta blasfemar contra Dios, contra sus ministros y su santa Iglesia.

El que hace el mal, dice Jesucristo, odia la luz (Jn. 3, 20). El bien y la verdad son hermanos, y el que detesta el bien, detesta la verdad. “Se equivoca, dice San Agustín, quien crea que puede conocer la verdad, mientras siga viviendo en el vicio”.

“La verdad os hará libres”, dice Jesucristo (Jn. 8, 32) y ¿de qué os libraré?. Del demonio, del pecado, de la esclavitud.

“La verdad, dijo Juan XXIII, está en Dios, como en su fuente. Dios es todo verdad, y Jesús, el Verbo divino, lo dijo bien claro: YO SOY LA VERDAD”.

“Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2, 4) y la Verdad es Cristo.

El Concilio Vaticano II nos dice: “Todos los hom-

bres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla. La verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad” (DH. 1).

La dicha está en la verdad. Dios quiera que todos la hallen. La verdad nos hace libres del error, del pecado y de las pasiones. Un proverbio chino dice: “La verdad, quien quiera que la diga, viene de Dios”.

Cuando el Cardenal Sarto (más tarde Papa con el nombre de Pío X), al entrar en Venecia entre repique de campanas, acompañada su góndola por un centenar de otras góndolas, y pasó por el Gran Canal, a lo largo de los palacios ilustres, aclamado por el patriado, los marineros y el pueblo, se dirigió en veneciano a la multitud delirante: “Vuestro Patriarca es un hombre de intenciones claras, que no busca más que defender la verdad y hacer el bien por gloria de Nuestro Señor Jesucristo”.

Victor Pradera, fusilado por los marxistas el 5-9-1936, en el momento de la ejecución, mostrando un crucifijo a sus verdugos, exclamó: “No hay más verdad que ésta que tengo yo en mis manos. Este es el Camino, la Verdad y la Vida. Jesús crucificado es la cumbre moral.

Protestantes que se han hecho católicos

Son muchísimos los ejemplos, que tenemos de los convertidos al catolicismo. El más grande de estos

convertidos fue Saulo-Paulo del que luego hablaremos, y citaré también primeramente dos ejemplos de judíos, que se gozan de hacer encontrado la verdad y la dicha en la Iglesia católica, y después aduciré algunos de los protestantes.

- *P.M. Rafael Simón* (en el siglo el célebre psiquiatra judío de Nueva York, Dr. Kenneth Simon), al referir su conversión escribe: “Mi origen judío no era un obstáculo sino un incentivo para aceptar la Iglesia católica como la verdadera Iglesia de Dios. ¿Acaso no era su Fundador judío?... El catolicismo ¿no era la religión para el judío?. Que la Iglesia, a diferencia del judaísmo, extendiera sus brazos para recibir a todos los hombres, en mi estimación, esto demostraba su origen divino, pues, sin duda alguna Dios debía querer que todos los hombres fueran miembros de aquella Iglesia que había fundado para la humanidad. Si mis antepasados durante dos mil años, herederos de las tradiciones de escribas y fariseos (tradición humana y no divina, a mi modo de ver) se habían equivocado, ¿debía yo aprobar su error permaneciendo apartado de la verdadera Iglesia?... Desde mi conversión se ha colmado la esperanza de mi bautismo. He continuado la vida a la cual renací y es más, se ha hecho más grande, esta es la vida de Dios”.

- *M^a Alfonso Ratisbonne*, escribiendo a un amigo suyo dice: “No sé como explicarme cómo llegué a conocer la religión católica. Lo que sé es que al entrar en la Iglesia, ignoraba todo, y al salir, lo veía con claridad. No sé explicar este cambio, sino comparándolo-

me a un hombre, al cual se le despertara súbitamente de un profundo sueño, a un ciego de nacimiento que de improviso viera la luz del día, él vería, mas no sabría explicar la luz que le iluminara y por la cual contemplase él los objetos de su admiración. Si no es posible explicar la luz física, ¿cómo explicar la luz que en el fondo no es sino la verdad misma?”.

- *El camino del Cardenal Newman* a la Iglesia: Por el estudio de la historia, sobre todo de la del cristianismo primitivo, de su doctrina y sus instituciones, pasó del anglicanismo a la convicción que solamente la Iglesia católica está unida sin interrupción con la manifestación de Cristo. “Adentrarse en la historia, escribió, significa dejar de ser protestante”.

- “La Iglesia se habrá sentido honrada”, dijo un amigo a *Orestes Brownson* poco después de convertirse éste, “de que un filósofo y escritor tan eminente se haya alistado en sus filas”. Brownson replicó: “Todo lo contrario; yo no he llevado a esta brillante Iglesia nada más que mis pecados”.

- *María Princesa de Prusia*, la reina Madre de Baviera, cuando en el año 1874 quiso volver al seno de la Iglesia, un celoso predicador protestante le recordó a última hora que si se hacía católica se vería obligada a rezar el rosario (¡). La princesa le contestó, sonriendo: “Hace tiempo que lo rezo”.

- *Dr. Hugo Lammer*, el doctor teólogo protestante, en un libro de Albano Stolz, intitulado “El saludo infinito”, leyó un pasaje en que el autor aconseja al protestante, que luche honradamente por encontrar la

verdad, que pruebe de rezar diariamente un Avemaría, a bendecir a la Virgen Madre de Dios con la salutación angélica, implorando la intercesión de la Madre de Dios. Lammer resolvió seguir el consejo.

“Empecé, cuenta él mismo, “a rezar la dulce Avemaría, a bendecir a la Virgen Madre de Dios con la salutación angélica, implorando su intercesión poderosa y mi retorno completo a la Iglesia verdadera.

El aguijón de la presunción científica estaba roto; de rodillas ante un crucifijo, en mi habitación solitaria, entre oraciones y lágrimas, sostenía yo las luchas interiores. La oración disipó todos los escrúpulos, y cuando más tarde llamé a la Iglesia católica, con júbilo pude decir “sí” y “amén” a la plenitud de la verdad católica”. Se hizo católico y fue profesor de teología en Breslau”.

- *Owen Francis Dudley*, pastor anglicano y luego sacerdote católico: “En lugar de una penosa esclavitud espiritual como se me había profetizado, encontré una amorosa Madre, que se compadeció de todas mis humanas miserias. En lugar de corrupción, insospechada santidad”.

- *Eduardo Steinbruck*, después de su admisión en la Iglesia Católica, decía: “En nuestra comunidad católica me siento tan a gusto como si me encontrara con una familia grande, unida por la misma sangre. La simple vista de las personas arrodilladas en torno del altar, de los niños que se santiguan, me llenan el corazón de profunda emoción, y en el momento de la

transustanciación me estremezco con santo espanto y anheloso amor. Antes de inclinar respetuosamente la cabeza no puedo prescindir nunca de implorar una mirada de amor de la santa Hostia, que siempre me parece rodeada de gloria celestial”.

Otras conversiones al catolicismo

Todas ellas nos dicen claramente que es una gran dicha el ser católico. Sin citar la vida de los convertidos, diré algunos nombres de personajes célebres: *F. G. Faber*, más tarde Oratoriano y fecundo escritor espiritual; *Lamgbehn* (el Rembrandt alemán) y su amigo *M. Nissen*, *Willis D. Nutting*, ministro anglicano, la escritora *Rosalina Murray*, el Cardenal *Manning*, *J. Scheffler*, *Angelus Silesius*, médico, después sacerdote y escritor místico. *El barón de Vogelsang*, que después fue gran político social y dirigente, amigo del que sería luego obispo v. *Ketteler*; *Friedrich Leopold*, *Conde de Stolberg*... A estos convertidos, podría añadir muchísimos más nombres y terminaré diciendo lo siguiente:

Caminos que van a la Iglesia. En su libro “Hombres que vuelven a la Iglesia”, *Severino Lamping OFM*, reproduce 41 relatos en los cuales otros tantos convertidos procedentes de todos los países, pueblos, oficios, circunstancias, describen los distintos caminos por los cuales llegaron a la Iglesia.

- Junto al poeta *Claudel*, *Jammés*, está el futbolista y campeón de carreras *Knut Rockne*, *Metcalf USA*

junto al profesor *Roloff*, *Backeuser*, el escritor *Chesterton*, el conferenciante *Atkinson*, el comunista *Matorras*, y el patriota *Maeztu*, junto al pensador hindu *Animananda* el contralmirante japonés *Yamoto*.

También *O'Brien*, en su libro “Los prodigios de la gracia”, y Rossi en el suyo, intitulado “Uomini Incontro a Cristo” publican relatos de convertidos de los más diversos pueblos, edad y condición social.

Termino con el epitafio elocuente del protestante, luego *Cardenal Newman*: “*Ex umbris et imaginibus in veritatem*” = “De las sombras e imágenes a la verdad” (Su vida: del error a la Iglesia, su muerte: de este mundo de sombras al reino de la verdad).

Otros ejemplos de conversión

No pensaba añadir más ejemplos, pero recuerdo ahora otros dos prueban el título del libro: “La dicha de ser católico”.

- El famoso médico holandés, investigador y escritor al mismo tiempo, *Federico van Eeden*, de *Amsterdám*, después de entrar en la Iglesia católica manifestó públicamente en una reunión, porque, después de larga lucha interior, se resolvió a dar tal paso. Sintió hambre y sed de una profunda vida religiosa, y solamente pudo satisfacer los anhelos de su alma en la Iglesia Católica.

A los que se maravillaban de su conversión, les dijo: “Si hubieseis experimentado lo que yo, os

habríais hecho católicos mucho antes”. Terminó con estas palabras: “Buscad la alegría perdurable, buscad la alegría que colma. Vivid con sencillez y hacer obras útiles. Que el Espíritu Santo se digne guiarnos también en adelante a vosotros y a mi”.

- En la primera mitad del pasado siglo la baronesa de *Kinshy*, protestante fanática hasta los cuarenta años de edad, fue a Roma. Un día asistió a una solemne función en la Basílica de San Pedro, para disfrutar de las bellezas artísticas del acto.

Al salir entabló conversación con una sencilla campesina de la Campagna. “La música de vuestra iglesia es hermosa”, dijo la distinguida dama. “¿De vuestra iglesia?, preguntó la italiana. “La signora ¿no es católica?. Al oír la respuesta negativa, la campesina miró a la baronesa con compasión y exclamó: “¡Oh poverina!”.

La dama se sintió impresionada por la sinceridad de esa explosión de sentimientos, y confesó más tarde que esas palabras fueron para ella como un rayo de luz e influyeron mucho en su conversión. En el año 1840 la baronesa entraba en la Iglesia católica y se sintió dichosa de haber entrado en ella.

CAPITULO 2º

AMEMOS A LA IGLESIA DE CRISTO

El sublime modelo de amor a la Iglesia

Este modelo de amor a la Iglesia fue San Pablo. Veámos cómo fue su vida. Él nos la refiere así: *“Fuí antes un blasfemo, un perseguidor y un insolente, pero conseguí misericordia por haber procedido con ignorancia, careciendo del don de la fe... Verdad segura y digna de que todos la crean; que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Pero, precisamente conseguí misericordia para que Jesucristo mostrase en mí el primero, su inmensa paciencia para ejemplo de los que habían de creer en él para alcanzar la vida eterna”* (1 Tim. º1, 13-16).

De esta infinita misericordia participó San Pablo, quien cual lobo voraz devastaba la Iglesia de Dios, encarcelando a los buenos y obligándolos a blasfemar, y, enfureciéndose contra ellos sobremanera, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras (Hech. 26, 11).

Pablo, durante la mitad de su vida odio a la Iglesia, y, después, la amó hasta la muerte, como no puede amarla ninguno de nosotros. Primero la persi-

guió, y el haberlo hecho fue el gran dolor de toda su vida (1 Cor. 15, 9; Gál, 1,18, Fil. 3,6).

Desde la hora de Damasco la ve como *Iglesia de Cristo*, sublime y santa, Comunión de los santos, comunidad del Señor, su obra y su legado para todos los hombres, para todos los tiempos, columna y fundamento de la verdad, Madre libre de los escogidos. *Cuerpo místico de Cristo*. ¡Cómo se encariñana el apóstol con esta idea! ¡Cómo se enardecía con ella su amor a la Iglesia! ¡Cómo se alegra al ver florecer su vida y acrecentarse y confirmarse en las comunidades la fe y el amor!. El carga sobre si la solicitud de todas las Iglesias.

¡Cuán grande fue el apostolado del apóstol! Basta pensar en sus viajes, trabajos y fatigas. Su predicación, sus cartas, su oración continua por las iglesias Y ¡cuánto no le tocó sufrir!...

¿Por qué hemos de amar a la Iglesia?

El motivo principal por el que debemos amar a la Iglesia de Cristo, es porque nos da la vida de la gracia, que es un don sobrenatural que Dios nos da por los méritos de Jesucristo para nuestra salvación. Por este don de la gracia nos hacemos hijos de Dios y herederos del cielo.

El deber más sagrado de la madre es dar la vida. La vida natural la recibimos de nuestra madre terrena. La vida sobrenatural o divina nos la comunica la Iglesia en el santo bautismo.

La Iglesia nos educa para Dios, para la vida eterna. La misión suprema de la madre es educar al hijo para una vida digna. La Iglesia nos educa para ser hijos de Dios y no cesa de prodigarnos sus cuidados hasta conducirnos a la vida eterna.

La Iglesia, en consecuencia, nos da la vida de la gracia por medio del sacramento del bautismo. Esta vida es la “segunda vida”, la vida del nuevo nacimiento y que desembocará un día en la vida eterna.

El bautismo es la puerta de la Iglesia y es necesario para la salvación porque así nos lo dice Jesucristo: *“Quién no renaciere del agua y del Espíritu Santo no entrará en el reino de Dios”* (Jn. 3,5).

Todos deben reconocer el gran valor del bautismo, ya que por él recibimos la gracia santificante, por la que nos hacemos hijos de Dios y se nos perdonan todos los pecados: el original y los personales que tuviera el que se bautiza. Por el bautismo nos incorporamos a la Iglesia...

San Cipriano nos refiere así la impresión que le produjo su bautismo: Cuando languidecía aún en las tinieblas y en negra noche y bogaba zarandeado e incierto en medio del oleaje de un mundo azotado de tempestad, sin conocer el camino de la vida (ni el sentido de la vida), sin sospechar la verdad y la luz, no consideraba posible nacer otra vez, que recibiendo nueva vida en la piscina bautismal dejemos lo que hemos sido hasta ahora, y que cambiemos nuestro ser antiguo según el corazón y el ánimo. ¿Cómo es posible, me decía, una transformación tan grande como

es el rechazar de golpe lo que hay de innato en nosotros o lo que durante largo tiempo se arraigó en nuestro interior... (cómo podría el hombre volverse paciente, si hasta entonces era irascible)? Así pensaba muchas veces; porque también yo me encontraba en los lazos de faltas anteriores y nunca había creído poder librarme de ellas. (Entonces llegó el día de mi bautismo; y ahora) después de lavar el agua bautismal toda la suciedad de los años pasados y después de infundirse en el pecho purificado la luz de las alturas, después de llenarme del espíritu celestial y transformarme por un nuevo nacimiento de un hombre nuevo, mi duda se ha trocado en certeza, la oscuridad en luz; me parece fácil lo que hasta entonces me parecía imposible. (Ad Donat.).

Y San Agustín refiere en sus Confesiones: "Recibimos el bautismo y huyó de nosotros la inquietud por la vida pasada..."

- *Francisca van Leer* (holandesa): "Es imposible describir cómo Dios ha doblegado mi voluntad rebelde, que se oponía al bautismo. Me hallaba dispuesta a todo menos a hacerme católica... De ello me retraían, no sólo los prejuicios de mi pasado de hebrea, mi incompreensión total de los conceptos "Gracia" y "redención". Algunos libros del franciscano P. Eriberto Hoilzapfel me demostraron con lógica arrolladora que la última conclusión del Evangelio es el Bautismo, porque Cristo es Dios. Las palabras humanas no pueden describir la luz que de improviso iluminó mi alma errante y sedienta, y que la

Iglesia llama “gracia”.

Debemos amar a la Iglesia, porque es la única verdadera

La Iglesia fundada por Jesucristo es una sociedad religiosa bien organizada y manifiestamente divina, porque posee las cuatro notas o caracteres que su divino fundador quiso darle, que son: Unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, y por ellas se distingue de todas las llamadas iglesia o sectas.

- *La Iglesia es una y única*, porque Cristo, nuestro único Redentor así lo quiso, pues al fundarla habló en singular: “*Tu eres Pedro (la piedra) y sobre esta piedra edificaré Mi Iglesia...*” (Mt. 16, 18), y quiso que fuera una en la fe, en el régimen y en los sacramentos, y porque los cristianos forman *un sólo Cuerpo*, o sea, una sociedad visible, animada por un solo Espíritu (Ef. 4,3-6).

Esta unidad, como ya hemos dicho no se da en el protestantismo....

La unidad verdadera de la Iglesia se manifiesta en la unidad de doctrina, en la unidad de sacramentos y en el hecho de tener un mismo y único Pastor supremo. Veamos cómo caracteriza a la iglesia la unidad de gobierno. En primer lugar en la parroquia todos los fieles agrupados alrededor del sacerdote. Esto es el germen inicial de la unidad católica. Luego vemos en la diócesis todos los sacerdotes con sus parroquias agrupados en torno del obispo. Es este el segundo

grado de la unidad católica. Y finalmente en la Iglesia universal vemos todos los obispos con sus diócesis agrupadas en torno del Papa. Esta es la cumbre de la gran unidad católica.

De Santo Tomás es esta frase: No hay más que una sola Iglesia en la cual puedan los hombres salvarse, así como nadie pudo salvarse fuera del arca de Noé.

- *La Iglesia es santa*, porque Cristo, su Fundador es santo y santa su doctrina, y santos los sacramentos, que confieren la gracia, para que seamos nosotros santos, y porque el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, la vivifica y santifica... y quienes necesitan purificación son sus miembros pecadores...

Ejemplo: Un escultor pasó por las canteras de Carrara, como quien busca algo. Ora se paraba, ora proseguía su camino, y de nuevo se detenía. Alguién le preguntó qué era lo que buscaba. “Busco un santo” contestó. Se rieron de él. “En tal caso vaya usted a la Iglesia”. Pero de súbito detúvose el artista, y señalando con el bastón un bloque de marmol, dijo: “Este es”. Compró el bloque y después de esculpir y cincelar durante meses, el bloque tosco quedó transformado en magnífica estatua de santo.

Los pecadores son como estatuas sin cincelar, y ellos mismos pueden convertirse en santos empezando por quitar los pecados que están manchando su alma y afanándose por adquirir y practicar las virtudes cristianas.

Los pecadores son miembros que están necesitan-

do purificación y pueden ser santos “queriéndolo”, es decir, poniendo los medios para serlo: confesando sus pecados y detestándolos. La gracia viene por primera vez por el bautismo, y los que cometen pecados después del bautismo pueden adquirirla de nuevo por el sacramento de la penitencia.

La Iglesia es católica

La Iglesia es católica, porque Cristo quiso que fuese universal y llegara a todos los pueblos (Mt. 18,19), y por estar destinada a salvar a todos: “*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura...*” (Mc. 16, 115-16). Ella es por su naturaleza misionera...

La Iglesia es pues católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (Mt. 28,19). Él dijo: “*Id por todo el mundo...*” ¿Para qué? Para propagar la verdad (“enseñad...”), la gracia (“bautizad...”, la ley (“enseñándoles a observar...”).

Algunos se escandalizan de esa pretensión de la Iglesia, y es porque no conocen a Jesucristo ni su programa. Si Cristo es realmente Dios -y lo es-, la Iglesia ha de ser amplia como el mundo. Ha de ser la Madre de todos, y no es afán de poderío lo que mueve a la Iglesia, sino el encargo recibido de Cristo... Hoy, podemos decirlo con toda verdad, la Iglesia realmente está extendida por todo el orbe, creciendo sucesivamente y penetrando en todos los paí-

ses. La Iglesia tiene la catolicidad local, numérica y progresiva. ¿En dónde no se encuentra hoy en día la Iglesia? El Obispo de Roma, el sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, Padre de unos mil millones de católicos dispersos por toda la tierra, ha hablado a todos ellos y los ha visitado al ir recorriendo las cinco partes del mundo donde se hallan.

El convertido *R.H.Benson* cuenta cómo se le abrieron los ojos durante su primer viaje por el sur, cuando abandonando la isla británica, llegó al continente: en ninguna parte se hablaba de la iglesia anglicana. Cuando después de pasar por países católicos del Mediodía, entró en territorios de dominio británico, a lo más que se le enseñaban acá y acullá una o dos pequeñas iglesias anglicanas.

Después hizo un parangón con la Iglesia católica, la cual se le mostró cada vez más potente con su expansión mundial y unidad subyugadora. Estaba ya sembrada la semilla en su corazón, y surgió el deseo de ser admitido en el seno de la Iglesia.

La Iglesia es apostólica

Es apostólica porque tiene su origen en los apóstoles, a los que Cristo entregó su misión: *“Como me envió mi Padre, así os envío yo a vosotros: Id, enseñad a todas las gentes...”*. Y después de su resurrección le entregó la Iglesia a Pedro para que la apacentara como Pastor supremo (Jn. 21,17).

La Iglesia permanece ahora a través de los siglos

gobernada por el Papa y los obispos legítimos sucesores de Pedro y de los apóstoles, a los que Cristo confió su difusión, su gobierno y su asistencia hasta el fin del mundo, pues así les dijo: *“Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”* (Mt. 28, 19-20), y *“seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra”* (Hech. 1,8).

El sucesor, pues, de Pedro es el Papa de Roma, y los sucesores de los apóstoles son los obispos. Desde Pedro, primer Papa hasta Juan Pablo II ha habido 264 Papas sin interrupción.

En consecuencia: Solamente es apostólica aquella Iglesia cuyos poderes, conferidos por Cristo, se remontan en sucesión ininterrumpida a los apóstoles, y mediante éstos a Cristo. Cada uno de sus obispos ha de poder mostrar su árbol genealógico llegando hasta uno de los apóstoles, de uno de los Doce ha de derivar su poder (Jn. 20,21; Mt. 18,18; 28,19).

Ireneo en un escrito contra los herejes, reproduce la lista de los obispos romanos, tal como se transmitía con solicitud en la comunidad romana. Nombra los siguientes sucesores de Pedro: 1º *Lino*, 2º *Anacleto*, 3º *Clemente*, 4º *Evaristo*, 5º *Alejandro*, 6º *Sixto*, 7º *Telesforo*, 8º *Higinio*, 9º *Pío*, 10º *Aniceto*, 11º *Eleuterio*. “En esta sucesión” escribe él, el discípulo del amigo de los apóstoles, Policarpo, que todavía pudo ver a Juan, “nos ha llegado la tradición de la fe y el anuncio de la verdad desde los apóstoles... y ello prueba de un modo definitivo que la

misma fe vivificadora fue conservada en la Iglesia desde los apóstoles hasta nosotros y nos fue transmitida con fidelidad”.

- En el parlamento inglés un diputado echó en rostro al gran defensor de la libertad de Irlanda *O'Connell*, esta palabra “Papista”. *O'Connell* miró con calma al adversario y contestó: “Sé que usted ha querido ofenderme con esta expresión. No sabe usted que, por el contrario, me ha hecho con ella un gran honor. Usted me llama papista y así declara que mi fe se remonta por la serie ininterrumpida de los Papas hasta aquel primer Papa, que fue constituido Jefe supremo de la Iglesia por Cristo Nuestro Señor, mientras que la fe de usted no se remonta más que a Isabel y Enrique VIII”.

El misterio de la Iglesia perseguida

La persecución es “la quinta nota de la Iglesia católica”. En una audiencia dada a un Colegio romano preguntó el Papa Pío X a un seminarista: “¿cuántas notas tiene la Iglesia verdadera de Cristo?”. “Cuatro, Padre Santo, es una, santa, católica y apostólica”. ¿No tiene más que estas cuatro?. “Romana”, añadió el seminarista. “Justo, pero ¿cuál es la nota más vidente?”. Todos callaron. Pues bien, voy a decíroslo: “*Perseguida*”. Se lee en el Evangelio: “*Me persiguieron a Mi y os perseguirán a vosotros*” (Jn. 15,20). La persecución es para nosotros los católicos el pan nuestro de cada día, esta es la

señal de que somos discípulos verdaderos de Jesucristo”.

La historia de la Iglesia es una historia de persecuciones. Ya Cristo fue perseguido, cuando era niño, por Herodes, que intentó matarlo. Si leemos los Evangelios veremos que la vida de Cristo es una vida de persecuciones hasta el fin. ¡Cuántas veces los fariseos y escribas intentaron apoderarse de Jesús para darle muerte, e influyeron hasta verlo morir crucificado en el Calvario!...

Las persecuciones cruentas de la Iglesia lo fueron en todos los siglos, empezando por las primeras en el imperio romano desde Nerón hasta Diocleciano y Juliano el Apóstata. Este (a. 361-363) fue el primero que promovió una persecución “incruenta”, una guerra “fría” contra los discípulos del Crucificado; quiso aniquilarlos moral y culturalmente. En cuanto subió al poder, excluyó a los cristianos de todos los empleos del Estado, les quitó la posibilidad de acudir a los tribunales, pues todos los pleiteantes tenían que ofrecer un sacrificio a los dioses; les prohibió tener escuelas, les quitó sus iglesias transformándolas en templos de ídolos, apoyó el arrianismo para introducir discordia entre los cristianos...

Esto mismo pasó en España y en Rusia sobre todo bajo el régimen comunista... y una página triste es la de Enrique VIII que hizo ejecutar de 1535 a 1547: 2 Cardenales, 20 obispos, numerosos sacerdotes y 500 religiosos (entre las primeras víctimas figuraron *Tomás Moro* y *Juan Fisher*). Y de 1577 a 1588,

durante el reinado de *Isabel*, hubo por lo menos 1200 mártires entre estos 21 obispos y 530 sacerdotes, que generalmente fueron ajusticiados entre los más crueles suplicios.

Podría escribir un gran libro si fuera a narrar las persecuciones y martirios sufridos en todas las partes del mundo a través de todos los siglos hasta el presente, pero terminaré dando solamente unos datos de la persecución llevada en Méjico por los años 1924-1928 siendo presidente de la república el Sr. Calles y los martirios sufridos en España durante nuestra guerra civil.

- Durante el gobierno de Calles sufrieron martirio 160 sacerdotes y 180 hombres y mujeres seglares, solamente por ser católicos. A algunos se les arrancó la lengua, se les atravesó con hierro el dedo grueso del pie y la punta de los dedos o se les rompieron los huesos trozo por trozo...

- En la guerra civil española (1936-1939) fueron destruídas unas 20.000 iglesias y capillas, asesinados 13 obispos, 5.255 sacerdotes, y 2669 religiosos... El ministro de Gobernación, Sr. Galarza, al ver la realidad del terrorismo imperante, se vio obligado a citar a los periodistas para decirles que habiendo sido ejecutadas ilegalmente más de 20.000 personas en Madrid solamente (15.000 identificadas y 5.000 sin identificar), él no podía consentir por más tiempo una horrenda situación de la que no se hacía solidario... Entonces fueron asesinados en España más de trescientos mil seglares.

Fr. Justo Pérez de Urbel en su obra “Los mártires de la Iglesia”, dice: “Cuando realmente se intente la historia exhaustiva, completa y rigurosa de los mártires españoles de la Cruzada, se ha de ver ciertamente que el 90 por ciento de los que sacrificaron su vida lo fue en virtud de sus creencias religiosas. El nueve, en virtud de sus creencias políticas, el resto simplemente por la saña ciega de sus verdugos...”

Muchos de los que murieron fueron mártires por la fe... Lo referido es una gran prueba de que la Iglesia de Cristo ha sido siempre perseguida.

La Iglesia es perdurable e invencible

Jesucristo ya lo dijo: “*Las puertas del infierno* (las herejías y persecuciones) *no prevalecerán contra ella*” (Mt. 16,18). Y San Jerónimo exclamó: “Pueden perseguir a la Iglesia hasta la consumación de los siglos, mas no destruirla; pueden oprimirla, mas no quebrantarla. El motivo es porque nuestro Señor, el Dios todopoderoso lo ha prometido. Él cuya promesa es ley para la naturaleza”.

“La Iglesia no será vencida, ni destruída, ni sucumbirá a ninguna tentación, mientras duren los siglos, y después de esa vida temporal nos recibirán aquellas moradas eternas hacia las cuales nos conduce el que es nuestra esperanza”... “Hasta el fin del mundo, entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios, irá peregrinando la Iglesia”...”No naufragamos en medio de las tempestades, porque

nos lleva el leño de la cruz... (San Agustín).

- *Palabras de Pío XII*: La historia de casi dos mil años, la historia llamada sabiamente por el gran orador romano “maestra de la vida”, demuestra la verdad del dicho de la Escritura: que no tendrá paz quien resiste a Dios. Pues sólo Cristo es la piedra angular sobre la que pueden hallar estabilidad y salvación el hombre y la sociedad. Sobre esta piedra angular está fundada la Iglesia, y por eso jamás las potencias adversas podrán prevalecer contra ella: *portae inferi non praevallebunt*.

- Napoleón estaba una noche, abismado en pensamientos, sentado en una roca de la costa de Santa Elena. Desde la torre de la cercana iglesia llegó la voz de la campana que tocaba el Ángelus. Napoleón bajó la cabeza y permaneció callado largo rato. Después levantó la vista y con solemnidad dijo a su compañero: “Los pueblos pasan, los tronos se hacen añicos, y la Iglesia perdura para siempre”.

- Durante el “Kulturkampf” alemán se veía con frecuencia en casa de los católicos el siguiente cuadro: Una roca en medio del mar, en medio del oleaje, que representaba la Iglesia, en la orilla unos hombres que arremangados forcejean con unas cuerdas y maromas, atadas a la cintura, para hacer tumbar la roca. En el fondo del cuadro el diablo mira con rencor. Su pensamiento se indica por una inscripción: “Trabajo con toda mi gente hace 2.000 años para tumbar esa roca, y todos los esfuerzos han sido vanos. Vosotros, hombrecillos, podréis lograrlo

menos”.

Terminaré este artículo repitiendo con San Agustín: “La Iglesia santa, la Iglesia una, la Iglesia verdadera, la Iglesia católica, es la que lucha contra todos los herejes, puede luchar, mas no ser vencida”... “La Iglesia sólo tambalearía si tambalease su fundamento. Pero ¿cómo va a tambalearse Cristo (su fundamento)... que todo lo contiene en su majestad?... ¿Dónde están los que dicen que la Iglesia va a desaparecer de este mundo, cuando ni siquiera es posible que se incline?”

Si preguntamos por qué los herejes, los ateos y librepensadores (aunque estén en guerra unos contra otros) siempre están de acuerdo para atacar a la religión católica. Sin duda porque es la única cuyas afirmaciones y exigencias inquietan a las almas ímpias y descarriadas.

¿Cómo se distingue la Iglesia católica de las demás?

Después de lo que llevamos dicho, tenemos que decir que la Iglesia católica se distingue de las demás, por las notas expuestas, pues sólo convienen a ella.

- *El protestantismo* aparece en el siglo XVI, y tiene su origen en Lutero, Calvino, Enrique VIII, etc.

- *El anglicanismo* se reduce a una iglesia nacional.

- *Las diversas sectas* o comuniones no católicas

no están unidas al sucesor de Pedro, no tienen la misma cabeza, ni una misma fe, ni la pueden tener, ya que el “principio del libre examen” que profesan admite la interpretación personal de la Biblia, y no reconocen el Magisterio supremo. Por eso el filósofo Balmes dijo:

“Si se consideran juntas, *no tienen unidad*, y si separadamente, *no tienen catolicidad*”, y sabido es que tienen diversos *credos*.

A los que un día dijeron que el catolicismo duraría poco le oponemos la afirmación que canta la vida. “*Cristo resucitado, ya no muere; resucitó para nunca más morir*” (Rom. 6, 9), y la religión fundada por Él, es, como Él, imperecedera por siempre jamás.

El catolicismo es divino; hay que profesarlo, protegerlo y propagarlo. De Papa a Papa, de obispo en obispo, se remonta a los apóstoles, a San Pedro, a Jesucristo, que es Dios. De Dios hasta nosotros, la cadena no se interrumpe. Cualquiera podría contar y nombrar todos sus escalones.

Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1º

VIVE COMO CRISTIANO CATOLICO

¿Qué es un cristiano?

Primeramente hemos de saber que el nombre de cristiano nos viene de Cristo, al que unas veces llamamos Jesucristo y otras Jesús, porque el nombre de Jesucristo se compone de dos palabras: Jesús y Cristo.

Jesucristo, al venir a la tierra, predicó su doctrina y luego la predicaron sus apóstoles, y los que seguían a Cristo y su doctrina, primero se llamaron *creyentes*, *fieles*, *santos*, *discípulos*. Pero diez años más tarde, después de la muerte de Jesús, “*en Antioquía comenzaron los discípulos a llamarse cristianos*” (Hech. 11, 20-21).

“Cristiano” quiere decir “hombre de Cristo”, hombre que tiene la fe de Jesucristo, que profesó en el bautismo y está obligado a servirle guardando sus santos mandamientos.

¿Qué es un “cristiano católico”? Cristiano católico es el que está bautizado y se profesa exteriormen-

te miembro de la Iglesia católica.

Para ser miembro de la Iglesia hay que entrar en ella por el bautismo. Por eso dice la Escritura que entraron en la Iglesia los tres mil que movidos por la predicación del apóstol Pedro se hicieron bautizar el día de Pentecostés (Hech. 2,41).

Además, para pertenecer a la Iglesia, debe uno *confesarse miembro de la misma*, pues el que de ella se separa, como el hereje, deja de serlo, aunque no por eso quede libre, delante de Dios, de las obligaciones que contrajo en el bautismo. Hace lo que el soldado que abandona sus filas y se pasa al enemigo. Por tanto no pertenecen prácticamente a la Iglesia Católica los paganos, judíos, herejes y cismáticos (C. Florent), en cambio le pertenecen los hijos bautizados de los infieles (aun cuando no tengan uso de razón). Pues, siendo el bautismo, como dice San Agustín, una propiedad de la verdadera Iglesia, a ella le pertenecen los frutos que produce. Mas dichos niños, si llegados a la edad de la razón toman parte en las creencias o cultos erróneos de sus padres, dejan de pertenecer a la Iglesia católica.

¿Quién es el verdadero cristiano católico?

Sólo el *verdadero* cristiano católico el bautizado y miembro de la Iglesia, que se esfuerza seriamente por alcanzar la vida eterna; cree, por tanto, la doctrina de la Iglesia, cumple los mandamientos, recibe los sacramentos y ora a Dios en el modo prescrito por

Cristo.

No es, pues, verdadero cristiano, el que no sabe siquiera la doctrina de la fe que profesó en el bautismo. Tampoco es verdadero cristiano el que no vive de la manera que Cristo nos enseñó (S. Justino).

A los judíos les decía Cristo: *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham* (Jn. 8,39). Así se puede decir a los cristianos: Si queréis llevar este nombre, haced las obras de Cristo. Por la mala vida se pierde el nombre de Cristo. Si quieres ser cristiano has de vivir como vivió Cristo (S. Greg. Naz.). Y San Agustín dice: Aquel es verdadero cristiano, que con todos es manso, benigno, misericordioso, y reparte su pan con los pobres. El mismo Cristo dijo a sus discípulos, se conocerían por el amor del prójimo (Jn. 13,35).

El cristiano que nunca recibe los *sacramentos*, ni ora, se asemeja al soldado sin armas, o al artesano que no ejerce su arte. En nuestros tiempos hay por desgracia muchos cristianos que no merecen este nombre; llámanse cristianos por el bautismo y el carácter bautismal, mas viven como paganos. Podían llamarse cristiano-paganos.

De seiscientos mil israelitas que salieron de Egipto, sólo dos, Josué y Celeb, entraron en la tierra de promisión, lo cual debe ser un aviso para nosotros (1 Cor. 10,6). Aunque estemos bautizados, no por eso estamos ya salvados. ¡Qué cuenta habrán de dar los cristianos que llevan mala vida! Del campo que está mejor cultivado se pueden esperar más frutos, y así,

de un cristiano exige Dios más obras buenas que de un pagano, porque aquel ha recibido mayores gracias (F. Spirago).

¿Cómo debe vivir un cristiano?

El verdadero cristiano es el que imita a Jesucristo, el que está muerto para los vicios y vive para la virtud. Dios creó al hombre a su imagen. La profesión del cristiano es conducir al hombre a su antiguo estado, a su primera dignidad y felicidad, esto es, a la semejanza con Dios.

Se llama cristiano, dice San Ambrosio, el que ama la castidad, el que huye de la embriaguez, detesta el orgullo y evita la envidia como un veneno diabólico (Serm. 58). Sepamos, dice este mismo santo, lo que somos, y lo que somos por profesión, manifestémoslo con nuestras obras antes que con nuestro nombre, a fin de que el nombre esté de acuerdo con las acciones y las acciones correspondan al nombre. De otra suerte el nombre sería una palabra vana y un gran crimen. Es menester evitar que a la hora que se nos ha dispensado correspondamos con una vida abominable; a una profesión divina, con una conducta criminal; al hábito del cristiano, con los vicios del mundo...

Hacer buenas obras es confirmar el título de cristiano, porque solamente es verdadero cristiano el que arregla su fe y sus obras según los preceptos de Jesucristo. "El cristiano, dice Tertuliano, es el con-

pendio del Evangelio” (Apolog.).

El cristiano que es superior al mundo, no puede desear ni buscar lo que pertenece al mundo... Los primeros cristianos escuchaban asiduamente la palabra de Dios, comulgaban frecuentemente, rogaban al Señor y celebraban sus alabanzas. Evitaban las ocasiones de pecar, llevaban vida mortificada para vencer sus pasiones. Es preciso obrar de la misma manera.

El apóstol San Pedro exige de los cristianos una santidad plena y universal. “*Sed santos, dice, en todo vuestro proceder*” (1 Ped. 1,15). Hay cristianos que parecen ángeles en la iglesia, y son demonios en su casa. Es necesario que la vida sea cristiana, esto es, pura y santa en los actos, en el lenguaje, en los pasos, en el alimento, en el estudio, en el trabajo, en el sueño, en el ejercicio de la autoridad, etc.

Es preciso ser irreprochables en presencia de Dios a quien nada se le oculta, y es preciso serlo para agradecerle y no para agradar a los hombres. “Las obras, dice San Agustín, son las que hacen al cristiano. En vano os llamaríais cristianos si vivieseis como paganos, y en vano os darían el nombre de paganos si vivieseis como cristianos. (Troet. 5 in Epist. Jn.). Y San Ignacio de Antioquía dice: No basta tener el nombre de cristiano, sino que es preciso serlo públicamente, no es el nombre el que nos hace feliz, sino las buenas obras (Epist.).

Seamos verdaderos cristianos

“Cosa grande es ser cristiano en realidad, y no sólo parecerlo” (S. Jerónimo). “Llevar el nombre de Cristo y no andar por el camino de Cristo, ¿qué otra cosa es sino prevaricar contra el divino Nombre, desviarse del camino de la salvación” (S. Cipriano). Tengamos presentes estos ejemplos:

- *Carpo* es conducido ante el procónsul. “¿Cómo te llamas?”, le pregunta éste. “Cristiano es mi nombre principal. ¿Quieres saber el nombre que llevo en el mundo?”. “Me llamo Carpo”. Le invitan a ofrecer sacrificio a los dioses. Él impertérrito contesta: “Soy cristiano. Adoro a Cristo, el Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos vino para traernos la salvación y arrancarnos de las insidias del diablo”. En medio de los tormentos, mientras le quedaron fuerzas, siguió repitiendo: “Soy cristiano”.

- *Don Andrés Manjón*, el gran pedagogo, fundador de las Escuelas del Ave María, que durante sus estudios en Valladolid pasaba como prototipo del cristiano firme e impertérrito en medio de aquel mar agitado de liberalismo y revolución, solía repetir: “¿Somos o no somos?”. “Somos hombres que defendemos a la Iglesia y a la Patria en todas partes sin miedo a nadie y a nada, o simples mujerzuelas que nos escondemos cobardemente por miedo a unos cuantos que vocean, sin que haya nadie que tenga valor para salir al paso y hacerles retroceder?”.

- *Alejandro Magno* dirigiéndose a un soldado que

también se llamaba Alejandro le dijo: “Sirve de honor a este nombre, o cambia tu nombre”. A cuantos jóvenes puede decirles Jesucristo: “Amigo, ¿te llamas cristiano?. Pues o cambia el nombre o cambias de profesión... dejando de pecar”.

“Los malos cristianos, decía San Agustín, son lo peor del mundo... Los cristianos, ya por su mismo nombre, pertenecen a Cristo... Congratulémonos y demos gracias porque no solamente se nos ha concedido la merced de ser cristianos, sino ser el mismo Cristo. ¿Lo comprendéis, hermanos, os dais cuenta de la gracia que Dios nos otorga? Admiraos, alegraros. Hemos sido transformados en Cristo”.

Los cristianos en el mundo

Hay un documento antiguo, la “Carta de Diogneto”, que es una apología del cristianismo, dirigida a un pagano y que fue escrita a finales del siglo II o comienzos del III, que nos habla de la vida de los primeros cristianos, buen ejemplo para todos por cuanto vivían como peregrinos en la tierra y a su vez como ciudadanos del cielo. He aquí sus palabras:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan como otros, una

enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida, y sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros, toman parte en todo, pero como ciudadanos, pero lo soportan como extranjeros, toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ellos reciben la vida. Son pobres y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo.

Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria. Sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos y maldicen. Son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños, y los gentiles los persiguen; y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

¿Qué siguen siendo los cristianos en el mundo?

Dicho documento sigue diciéndonos: Por decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo.

El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfrutar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido el cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial.

El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber, también los cristianos, constantemente-

te mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar.

¿Queréis vivir como cristianos?

He aquí los consejos que, según San Buenaventura, deben seguirse para serlo:

- 1º Poned toda vuestra confianza en Dios.
- 2º Purificad en todo lo posible vuestro corazón de toda clase de vicios y concupiscencias.
- 3º Romped todos los lazos que os alejen de Dios, a fin de que podáis uniros a Él con espíritu santo y puro.
- 4º Sufrid con paciencia y hasta con alegría las tribulaciones, y no os alegréis más que en la cruz de Jesucristo.
- 5º No os quejéis de nada ni de nadie, acordandoos que habéis ofendido a Dios.
- 6º Despreciaos, y desead ser despreciados por los demás sin dejar de honrarles.
- 7º Huid de los honores, de las riquezas y de la fama, como de los peligros.
- 8º Humillaos, persuadíos que sois el criado de todos, y sedlo, a fin de imitar a Jesucristo, que siendo Dios tomó la forma de un esclavo por amor vuestro.
- 9º No os mezcléis en ningún negocio en el que no pueda hallarse el bien de vuestra alma.
- 10º Guardad vuestros sentidos y vuestra lengua,

a fin de no sentir, no oír ni decir más que cosas útiles

- 11° Buscad la soledad, y dedicaos en ella a la oración.

- 12° Haced vuestras oraciones con tanto respeto y fervor como si vieseis delante de vosotros a los ángeles y al mismo Dios.

- 13° Respetad con una veneración profunda a la Santísima Virgen.

- 14° Huid de la compañía de las personas de diferente sexo.

- 15° Evitad la pereza y la tristeza; y a fin de no perder jamás la serenidad y la paz, no resistáis a nadie, no contradigáis a nadie, a no ser que lo exijan la honra de Dios o la salvación de vuestra alma.

- 16° Conformaos en todo con la voluntad de Dios; haced que todas las cosas sean para edificación vuestra, y no os ofendáis de nada.

- 17° Guardad cuidadosamente vuestro corazón.

- 18° Sed bienhechores para todos, para imitar a Dios.

- 19° Tened constantemente vuestra alma arreglada con Dios, a fin de que hagáis todas vuestras obras, hasta las más viles en apariencia, con tanto fervor como si las hicierais en presencia de Jesucristo.

- 20° Obedeced no sólo a vuestros superiores, sino a vuestros iguales, y aun a vuestros inferiores a fin de acostumbraros a hacer la voluntad de los otros y jamás la vuestra; no ofendáis a nadie, no murmuréis, no digáis mal de nadie, no seáis para nadie motivo de murmuración o de maledicencia.

- 21° Esconded vuestras virtudes y las gracias y los consuelos que recibís, las tribulaciones a que estáis sujetos; no las reveleís más que a vuestro padre espiritual, o a un amigo especial y experimentado, para pedirle consejos y auxilios.

- 22° Haced que siempre y en todas partes Dios esté presente a vuestra memoria y a vuestro espíritu, recordando que marcháis bajo su mirada y que os mira: de esta suerte no le temeréis y le amaréis.

- 23° Estar alerta y a fin de prever y evitar las emboscadas del demonio.

- 24° Examinad cada día vuestra conciencia y confesad vuestros extravíos con humildad, a fin de que conservéis o recobréis la pureza de vuestra alma; huid de todas las ocasiones próximas de pecado, y acordaos de la muerte, del juicio, del cielo y del infierno.

- 25° Y cuando hayáis hecho todas estas cosas, miraos como un pecador y un servidor inútil (Specul.).

Ser cristiano es ser imitador de Jesucristo

San Jerónimo, San Agustín y San Basilio enseñan que los primeros cristianos han echado los cimientos de la vida religiosa... Aquellos cristianos *“no tenían más que un mismo corazón y una misma alma”* (Hech. 4,32); todos eran imitadores de Jesucristo.

San Justino describe las virtudes de los cristianos de su tiempo con palabras parecidas a las que apare-

cen en la “Carta a Diogneto: “Toda comarca, dice, por más apartada que esté, es su patria, y la patria la miran como un país extraño. Están revestidos de un cuerpo de carne, pero no viven según la carne; están en la tierra, pero su conversación es del cielo; son pobres, y enriquecen a los otros; todo les falta y nadan en abundancia”.

Los verdaderos cristianos de todos los siglos han sido modestos en sus vestidos, de rostro sereno, prudentes en sus palabras, asiduos a la oración, grandes en la fe, llenos de esperanza y de caridad, profundamente humildes, circunspectos en los consejos, animados de una tierna piedad, activos en obras buenas, satisfechos en los oprobios, dulces de costumbres, y llenos de sabiduría, de virtud y de gracia ante Dios y los hombres. Tal es la vida cristiana y la imitación de Jesucristo.

¿Cómo hemos de imitar a Jesucristo?

Lo primero que necesitamos para imitar a Jesucristo es conocerle bien, y luego amarle, siguiendo sus huellas sobre todo en el camino de la cruz. ¡Conozcamos a Jesucristo! ¿Quién es Jesucristo? Jesucristo no puede compararse a nada y a nadie, ni nada ni nadie puede comprársele. No hay en Él sombra alguna de pecado. Sólo Él ha podido retar a sus enemigos diciéndoles: “*¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?*” (Jn. 8,46). Él es la suma santidad.

Si Jesucristo hoy tiene enemigos y muchos le odian, es porque no le conocen o porque su moral se opone a sus crímenes y pasiones... No es raro encontrar en la hora presente pobres descarriados cuyo furor antireligioso se funda en una gran ignorancia y en prejuicios que dan lástima. Víctimas de una mala educación y de excitaciones malsanas, inconscientes y ciegas, maldicen lo que debían adorar. No saben lo que hacen. ¡Cómo cambiarían si conociesen su personalidad y su bella doctrina contenida en el santo Evangelio!.

A los que vociferaban movidos de envidia y odio satánico contra Jesús: “*¡Crucifícale! ¡Es digno de muerte!*”, el mismo gobernador romano, Pilato, se vio obligado a responderles: “*No hallo en Él crimen alguno*”....

Los contemporáneos de Jesucristo, como los de nuestra época no han podido discernir en Él una sombra de pecado, aunque intentaron a veces emborronar su figura y no lo lograron.

Juan Jacobo Rousseau, escribió: “Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios”. Straus, impio devastador de nuestros libros santos, dijo: “No es posible concebir alguien que sea igual a Jesucristo”, y Renán, que quiso empequeñecer también la figura de Jesucristo, llegó a decir: “Jesucristo no será jamás superado”.

Las gentes del tiempo de Jesús, decían de Él: “*Jamás persona alguna ha hablado como este hom-*

bre” (Jn. 7, 46). *“Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas”* (Lc. 2, 47). Los mismos fariseos que perseguían a Jesús también llegaron a decir: *“¿qué hacemos que este hombre hace muchos milagros,... Bien véis que no adelantamos nada. Mirad como todo el mundo se va tras Él?”* (Jn. 12,19), pues ¿qué debían haber hecho, sino seguirle y reconocerle como verdadero Dios y Salvador del mundo?...

Jesús aparece como el amigo de los niños, de los pobres, de los pecadores a quienes ofrece la misericordia y el perdón...

Sigamos todos a Jesucristo que nos dice: *Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida* (Jn. 14,6). *“Yo soy el pan de vida, el que como de este pan vivirá eternamente”* (Jn. 6,35) y sin Él no podríamos vivir... *“Yo soy el Mesías”* (Jn. 4,26). *Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn. 8,12). *Yo soy la Resurrección y la vida, quien cree en mí, aunque muriere, vivirá* (Jn. 11,24)...

Amemos a Jesucristo

Jesucristo es todo para nosotros, porque Él es nuestro Redentor y Salvador. *“El es verdaderamente el Salvador del mundo”* (Jn. 4,22), y Él nos invita a que nos acerquemos a Él, porque quiere hacernos felices: *“Venid a mí todos que estáis cansados y rendidos, y Yo os aliviaré... Prended de Mí, pues soy*

manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11, 28-29).

El que conozca bien a Jesús no podrá menos de amarle y decir con San Agustín: "¡Oh belleza antigua y siempre nueva! ¿Por qué llegué tan tarde a quererte?"... Tenemos que corresponder al amor de Dios, porque Él nos ha creado y redimido por amor, y *porque Él "nos amó primero* (1 Jn. 4, 19).

Jesucristo dice a todos: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos... *El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama...*" (Jn. 14,15).

Dios nos ha impuesto este precepto: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo*" (Mt. 22, 37-40).

"Antes que existieras dice San Agustín, Dios pensó en ti; pues si no pensara en ti, no hubieras existido, y ahora que existes, no se olvida de ti". Dios pensó en cada uno de nosotros y tanto nos amó que mandó a su Hijo al mundo para salvarnos. "*Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores*" (1 Tim. 1,15). Y si queremos salvarnos, tenemos que cooperar cumpliendo sus santos mandamientos e ir por el camino de la cruz señalado por Él: "*Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*" (Mt. 16).

Jesucristo nos ha puesto en su Evangelio las normas para nuestra vida humana. Él sabía muy bien cuán débil es la voluntad humana y cuánto nos quejábamos de que son difíciles sus leyes, y por eso Él

quiso precedernos en el camino de la virtud y nos invita seguirle, porque *suave es su yugo y ligera es su carga*" (Mt. 11,30). *Como hombre* nos da ejemplo y *como Dios* nos da fuerza, el auxilio de su gracia, que nos mereció en la cruz...

Conviene notar que la vida nueva o vida de la gracia, que se recibe a modo de germen en el bautismo, ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno de los justificados a lo largo de su vida *mediante esta gracia divina y el esfuerzo personal*, cuyo esfuerzo consiste en seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, el cristiano, debe conformar su vida con la de Jesús (Rom. 8,29).

Hay almas que dicen: Yo quiero ser santa y perfecta; pero esto es no decir nada; porque eso lo quiere todo el mundo. Todos quisieran ser buenos si no costara nada. Lo que importa es saber si estás dispuesto a todos los sacrificios y poner todos los medios para adquirir la perfección y la santidad y así practicar todas las virtudes. Sin esto no hay virtud ni santidad posible. Hay que convencerse que sin mortificación ni vencimiento propio no hay virtud ni perfección posible; todo lo demás es pura ilusión y engaño. *"El reino de los cielos padece violencia, y los violentos, los que se vencen a sí mismos, lo arrebatan..."* (Mt. 11,12).

¿Por qué tantos hombres no son cristianos?

En unas conferencias apologeticas que dio un día

un obispo francés, Monseñor Gibier, empezó diciendo: Tenemos en abundancia hombres inteligentes y hábiles; pero la inteligencia no es la que salva a los pueblos. Lo que constituye su salvación es la multitud de las conciencias rectas, de las que emanan las costumbres puras. Pero las costumbres puras y las conciencias rectas son demasiado raras entre nosotros, porque no tenemos bastantes hombres cristianos. Por eso hemos de preguntar: ¿Por qué tantos hombres no son cristianos?

- *Muchos no pueden serlo*, porque muchos en su infancia recibieron nociones religiosas incompletas, y a medida que fueron creciendo dejaron de practicar la religión y no se dirigen a los libros que tratan de ella porque carecen de tiempo y de gusto para leerlos y estudiarlos, y como no asisten a la Misa el domingo donde suele instruirse al pueblo, es preciso decir que sin domingo no hay instrucción religiosa, y los que no conocen el domingo prácticamente no tienen religión.

- *Hay otros que no quieren ser cristianos*, porque de estos unos se creen buenos y honestos y creen poder prescindir del cristianismo, otros son malos y rechazan violentamente una religión que condena sus pasiones desordenadas. Asímbrese uno de encontrar tantos incrédulos. Los enemigos del cristianismo son las malas pasiones. Por eso dijo Pascal: "Quitad vuestras pasiones y creeréis". La fe desaparece del corazón, cuando las pasiones introducen en él el desorden.

- *Muchos no se atreven a ser cristianos.* Hay quienes son todavía cristianos en su interior, pero no se atreven a manifestarlo, tienen miedo al *que dirán*, y esto es una bajeza y una locura tener miedo de aparecer bueno, de hacer obras virtuosas por temor a lo que diga el mundo. El respeto humano es una cobardía....

- *Finalmente muchos no saben ser cristianos* y hasta condenan la religión porque no la conocen, ni se interesan por conocerla, y todos sus males partes de no haber tenido la dicha de recibir ya en la infancia una sólida enseñanza religiosa. ¡Cuántos no saben qué es la gracia, que es un sacramento, qué es la redención, etc. Se impone un estudio serio empezando por el Catecismo. (Yo recomiendo a los ignorantes en religión, mi pequeño libro titulado: LA RELIGION A TU ALCANCE, que tienes en el mismo "Apostolado Mariano").

Medios que podemos emplear para ser buenos cristianos

Me limito a decir los señalados por el escriturista Cornelio Alápidé: 1º El recuerdo de la presencia de Dios... 2º La intención pura..., 3º la confianza en Dios..., 4º la oración..., 5º el valor y la perseverancia..., 6º no despreciar nunca las cosas pequeñas..., 7º trabajar para la eternidad y no para el tiempo..., 8º pensar todos los días, al levantarnos, que aquel tal vez es el último de nuestra vida..., 9º observar las

leyes de Dios y de la Iglesia... 10° Vence el respeto humano..

Termino con el siguiente ejemplo:

Un artista moderno pintó un cuadro muy triste al que dio este título: "*Si Cristo volviese hoy...*". Pues bien, ¿qué sucedería si volviese? En el cuadro se ve una calle de una ciudad moderna, y por ella pasa Cristo coronado de espinas, llevando sobre el hombro la pesada cruz, como pasó un día por las calles de Jerusalén. Le mira una numerosa turba, que ve cómo se desploma bajo el peso de la cruz.

Hay allí algunas personas de sentimientos humanos que tienen compasión de Cristo, pero temen a los demás y no se atreven a manifestar su piedad abiertamente, por lo que se esconden en un portal. Por las ventanas de las casas y lugares de diversión asoma la cabeza mucha gente curiosa. Muchas caras de expresión hastiada, con hambre de nuevas sensaciones. Fariseos, pecadores, incrédulos y hombres helados en su fe miran con compasión a Cristo, que cae en medio de la calle bajo el peso de la cruz.

No se ve a nadie que se acerque a levantarlo y ayudarlo a llevar su cruz. Hoy pasa también Jesucristo por nuestras calles en las que se ven pobres hambrientos, hombres que sufren y faltos de tantas necesidades (los que vemos en aumento en otros países, cuyas escenas llenas de miseria se nos reflejan en la prensa y en la televisión), y como Jesucristo nos

dice que lo que hagamos a estos, se lo hacemos a Él, porque viene a identificarse con ellos, ¿cuántos son los que acercan a Jesús en dichas personas necesitadas?.

Recordemos la página evangélica en la que se nos dice que el cielo se nos dará por las obras de caridad que hiciéramos. En el juicio final dirá a los de su derecha:

“Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; forastero fui y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel y viniste a verme. Entonces le responderán los justos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, desnudo y te vestimos? - Y les dirá: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con uno, el más pequeño de estos mis hermanos, a mí me lo hicisteis... Y a los de su izquierda, a los que no hicieron tales obras, les dirá: “Cuando no lo hicisteis con uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis” (Mt. 25, 31-46).

CAPITULO 2º

NO ENDUREZCAS TU CORAZON

¿Qué es el endurecimiento?

El endurecimiento es la malicia del que quiere pecar y no quiere obrar bien; es una terquedad y una adhesión firme a lo que está prohibido, hasta el punto de no querer desprenderse de ello, ni por los avisos, ni por los consejos, ni por las amenazas, ni por las promesas, ni por las recompensas, ni por los castigos, ni por las inspiraciones, ni por la gracia.

¿Qué es un corazón endurecido? pregunta San Bernardo. Es, dice el que no tiene horror de si mismo, porque no siente ya; es el que no se abre a la compunción, ni se ablanda por la piedad, ni se conmueve por las oraciones, ni se intimida por las amenazas; es el que se endurece bajo los golpes de la gracia y de la venganza de Dios. No abriga reconocimiento por los beneficios es infiel a los buenos consejos, despiadado para condenar a los otros, sin vergüenza tratándose de las cosas más deshonestas...". Complacerse en las cosas torpes es la mayor de las desgracias... El corazón endurecido baja hasta el fondo del mal; se burla de Dios y de la virtud...

En los corazones endurecidos no ha penetrado el valor de la religión. Un sabio indio, Sahú Sunoar

Singh, puso en uno de sus libros un simil que debiera meditar larga y seriamente todo cristiano. Escribió:

“Un día estaba yo sentado cerca del Himalaya, a orilla de un río. Saqué del agua una piedra hermosa, redonda, dura, y la rompí. Su interior estaba completamente seco. Esta piedra hacía tiempo que estaba en el agua, pero el agua no había penetrado en ella. Lo mismo ocurre con los hombres de Europa. Hace siglos que en torno suyo fluye el cristianismo, viven por completo dentro del cristianismo, mas éste no ha penetrado, no vive dentro de ellos. La falta no está en el cristianismo, sino en los corazones cristianos”. No ha penetrado en ellos el valor de la religión, porque no se han interesado por conocerla.

Y el salmista nos dice: *“El corazón endurecido no quiere comprender, para no verse obligado a obrar bien”* (36,4).

Dios habla a los hombres de corazón endurecido

Los cristianos que no tienen presente que por el bautismo están muertos al pecado, “absorbidos enteramente por las cosas de la tierra, rara vez levantan sus miradas al cielo. Su vida es puramente humana y natural, sin horizontes sobrenaturales, sin ideales de perfección, sin ahelos de santidad. Lo principal para ellos es la salud corporal, el ganar dinero, ensanchar sus negocios, rodearse cada vez de mayores comodidades. Algunos consiguen hacerse millonarios y se

consideran felices, sin advertir que muy pronto - antes, quizá, de lo que ellos sospechan- descenderán al sepulcro y habrá terminado para siempre la gran farsa de este mundo” (P. Royo Marín).

“Los hombres de corazón endurecido, en vez de mirar a Dios, dice San Agustín, se vuelven hacia el mundo, el demonio, la muerte y el infierno.

“Os he llamado, dice el Señor, y vosotros os habéis alejado; os he alargado la mano y vosotros no me habéis atendido; no habéis hecho caso a mis consejos y habéis despreciado mis amenazas” (Prov. 1,21 y 25).

También les dice el Señor por el profeta Jeremías: *“Han endurecido su corazón como una piedra y no han querido volver a mí”* (5,3) *“¿A quién hablaré? ¿A quién pediré que me escuche? Incircuncisos son sus oídos y no pueden oirme; la palabra del Señor ha llegado a ser para ellos un oprobio y no la recibirán”* (6,10). *“Corazones endurecidos, os he llamado y no me habéis respondido”* (7,13).

El cristiano, consciente de su divina grandeza y de la sublimidad de sus destinos eternos, debería pasar por el mundo como peregrino y extraño a todas las cosas de acá, pues, como nos dice el apóstol: “No tenemos aquí una ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura” (Heb., 13,14).

Y San Pedro nos avisa que vivamos en este mundo *“como peregrinos y advenedizos, absteniéndonos de los apetitos carnales que combaten contra el alma”* (1 Ped. 2,11).

No perseveres en tu endurecimiento

La perseverancia en el endurecimiento es un gran mal. San Gregorio Magno se expresa así: “Los pecadores endurecidos quisieran, si pudiesen, vivir siempre, a fin de poder pecar siempre; porque prueban evidentemente que desean vivir siempre para pecar siempre, puesto que no dejan de obrar mal mientras viven. La justicia de Dios determina por consiguiente que los que nunca han querido dejar de pecar durante su vida, sean castigados con un suplicio sin fin”. Quieren pecar con audacia y pecar siempre; y siempre pecan, y amando siempre el pecado, hacen como un pacto eterno con el pecado, con la muerte, el demonio y el infierno...

“Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2,4), y por eso les da a todos las gracias suficientes para que se esfuercen cooperando con ellas para que salgan del pecado... Y ¿cuántos atienden al llamamiento de Dios? *“Os llame, dice por el profeta Isaías (65,12), y no me respondisteis; hablé y no me hicisteis caso”. Escuchad mi voz, les dije, y yo será vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Pero ellos no me han escuchado y se han sumergido en los deseos y en la depravación de su corazón... Yo les envié a todos mis siervos, los profetas; mas (los hijos de mi pueblo) no me escucharon, sino que se hicieron sordos y endurecieron su cerviz y se portaron peor que sus padres”* (Jer. 7, 23 y 36).

“¿Hasta cuando será imposible el curarlos de su idolatría?”, dice el profeta Oseas (8,5). *“¿Cuánto tiempo, dice San Jerónimo, durará esta voluntad obstinada? ¿Dónde hallar una locura tan grande como el rehusar la curación que el Señor ofrece?”*

“Ved, dice San Gregorio, el endurecimiento de los judíos que no reconocen todavía a Jesucristo por Mesías, a pesar de las profecías que leen cada día y de los milagros que tuvieron lugar. Los elementos insensibles reconocieron a su Autor, y el corazón de los judíos, más duro que las peñas, no quiso reconocerle, y no han querido hacer penitencia.

Y San Juan Crisóstomo, refiriéndose a Judas, dice: “A pesar de la bondad de Jesucristo, Judas perseveró en su criminal endurecimiento, vendió a su Maestro y se ahorcó de desesperación. Pecadores endurecidos no sigáis el ejemplo de Judas”.

¡Cuán difícilmente se corrigen los hombres pervertidos! dice el Eclesiastés (1,15). Es preciso, sin embargo, no desesperar; todo le es posible a Dios; es omnipotente y lleno de misericordia: ha perdonado a otros grandes pecadores; pero no hemos de perseverar en el mal.

El endurecimiento es obra del pecador, y no de Dios

Es necesario reconocer que todo hombre goza de libertad, porque Dios lo ha creado libre, lo *“ha dejado en manos de su propia decisión”* (Eccl. 15,14).

La libertad, pues, es un don de Dios, que Él nos ha dado para servicio de la verdad y del bien, y no para hacer lo malo, y la libertad hace al hombre responsable de sus actos en la medida que estos son voluntarios., Y por lo mismo el hombre es quien propia, directa y activamente se ciega, se enducere y se abandona a sus reprobables inclinaciones

Dicen que Dios endurece al hombre criminal; pero, si lo hace, es indirectamente. Porque el endurecimiento es una afección culpable y directa por la cual el hombre rechaza la gracia y pone obstáculos voluntarios para impedirle obrar misericordiosamente; y siendo este impedimento voluntario y exclusivo del hombre obstinado, es un pecado grave que obliga a Dios a retirarse. Al retirarse Dios, el pecador ya no puede volver a levantarse, y de ahí viene el endurecimiento...

Dios ciega y endurece al hombre: 1º permitiendo que se ciegue y endurezca...; 2º quitándole poco a poco, porque lo merece, no la gracia suficiente, sino la gracia eficaz, la abundancia de gracias...; 3º dejando al demonio más poder sobre el hombre...; 4º presentando al hombre ocasiones de caída, ocasiones que son circunstancias buenas o indiferentes en sí mismas, como por ejemplo, la vista de ciertas personas, las riquezas, los honores y las aflicciones.

Dios prevé que con estas ocasiones caerá el hombre en el pecado, pero libremente, por su propia voluntad y se empedernirá en tal estado. Cuando Dios le presenta estas ocasiones, no es sin embargo

para hacerle caer, porque Dios no tienta a nadie, ni quiere directamente la pérdida de nadie, habiendo muerto por la salvación de todos; pero presenta estas ocasiones para hacer un bien, para experimentar y para obligar a merecer.

Así endureció Dios al Faraón, enviando las plagas de Egipto, con objeto de que, al verles, se humillase y obedeciese; pero irritado el Faraón por los castigos que padecía, se volvió más obstinado. más endurecido, y resistió aún más a Dios. Así, el endurecimiento del faraón provino directamente de su propia falta, de su propia voluntad...

Dios endurece al pecador no teniendo lástima de él, y abandonándole a su endurecimiento y a sus pecados. Cuando un padre adoptivo quiere colmar de bienes y de riquezas al hijo que adopta, si este niño se burla de su bienhechor, lo desprecia y huye de él, ¿es culpable dicho padre con abandonar y echar lejos de si a aquel ingrato? Y si aquel rebelde llega a ser desgraciado, ¿quién tiene la culpa?, ¿quién es el culpable? ¿quién de los dos debe ser condenado?.

En Dios endurecer es no tener lástima, es dejar a alguno porque lo merece. Dios jamás es el primero que abandona, y si se aleja del hombre, es el hombre el que le fuerza a retirarse.

El profeta Isaías enseña de una manera clara y evidente que los pecados se empedernecen a si mismos propia y directamente con su malicia.

“Cuando alzáis vuestras manos hacia Mi, dice el Señor por boca de Isaías, yo aparto mis ojos de voso-

tros; cuando multipliquéis las plegarias, no os escucho porque vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, ayudad al oprimido, proteged al huérfano, amparad a la viuda. Venid y entendámonos, dice el Señor, aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarán limpios como la nieve...(Is. 1,15-18).

“Si hoy oís la voz de Dios, no endurezcáis vuestros corazones en la maldad” (Sal. 95,8).

Dios siempre está pronto a tener misericordia del que se la pide... El bien y la predestinación vienen de Dios; pero el mal y la reprobación vienen de nosotros... Sólo el hombre puede pecar y peca; pero sólo Dios le saca del pecado, cuando el hombre no se opone ni quiere oponerse a la acción de la gracia de Dios.

Causas del endurecimiento y medios para salirse él

- *Las causas del endurecimiento*, dice San Agustín, es la fuerza del desgraciado hábito del mal, que agobia el alma y no le permite resucitar ni respirar.

Otra causa del endurecimiento es no escuchar la palabra de Dios y no aprovecharse de ella. La tercera causa es la ceguedad del espíritu y la afección al pecado, que nos hace rechazar y despreciar el temor

de Dios... y la causa cuarta es el orgullo. El corazón orgulloso es duro, inflexible e incorregible...

- *Medios para salir del endurecimiento son:*

1º Escuchar la voz de la gracia de Dios (Is. 46,12).
“Hijo del hombre, ¿piensas que estos huesos secos han de resucitar?... Tu les dirás ¡Oh muertos” escuchad la palabra de Dios” (Ez. 37, 3-4).

2º Orar y obedecer a Dios. Jonás huyó de Dios y un pez grande se lo tragó; Jonás en el vientre de aquel pez monstruoso, dirigió su oración a Dios, y Dios le salvó (Cap. 1 y 2).

3º Aplicarse a amar a Dios. No hay corazón de bronce, dice San Agustín, tan endurecido que no pueda ablandarse con el fuego del amor de Dios.

4º Estar firmemente resuelto a salir del pecado.

5º Tener una gran devoción a la Virgen María. Esta devoción obra milagros.

INDICE

Presentación	3
Primera parte	
Capítulo 1º	
LA DICHA DE SER CATOLICO	5
- ¿Cuál es la religión verdadera?	5
- Diferencias fundamentales entre el catolicismo y el protestantismo	6
- Diferencia fundamental de creencias	8
- La diferencia fundamental de origen	10
- El protestantismo ¿es una religión mejor que el catolicismo?	12
- La dicha de ser católico	14
- Protestantes que se han hecho católicos	16
- Otras conversiones al catolicismo	20
- Otros dos ejemplos de conversión	21
-	
Capítulo 2º	
AMAMOS A LA IGLESIA DE CRISTO	
- El sublime modelo de amor a la Iglesia	23
- ¿Por qué hemos de amar a la Iglesia	24
- Debemos amar a la Iglesia porque es la única verdadera	27
- La Iglesia es católica	29

- La Iglesia es apostólica	30
. El misterio de la Iglesia perseguida	32
- La Iglesia es perdurable e invencible	35
- ¿Cómo se distingue la Iglesia católica de las demás?	37

Segunda parte:

Capítulo 1º

VIVE COMO CRISTIANO CATOLICO	39
- ¿Qué es un cristiano?	39
- ¿Quién es el verdadero cristiano?	40
- ¿Cómo debe vivir un cristiano?	42
- Seamos verdaderos cristianos	44
- Los cristianos en el mundo	45
- ¿Qué siguen siendo los cristianos en el mundo?	47
- ¿Queréis vivir como cristianos?	48
- Ser cristiano es ser imitador de Jesucristo	50
- ¿Cómo hemos de imitar a Jesucristo?	51
- Amemos a Jesucristo	53
- ¿Por qué tantos hombres no son cristianos?	55
- Medios que podemos emplear para ser buenos cristianos	57

Capítulo 2º

NO ENDUREZCAS TU CORAZON EN LA MALDAD	60
- ¿Qué es el endurecimiento?	60
- Dios habla a los hombres de corazón endurecido	61

- No perseveres en el endurecimiento	63
- El endurecimiento es obra del pecador, no de Dios	64
- Causas del endurecimiento y medios para salir de él	67